

GABRIEL PÉREZ PÉREZ

Una sola salida

¿Cuándo es necesario parar y darse cuenta de que solo hay una salida?
¿Dónde está el límite entre las opciones y el último recurso?

Día 25.

Anne seguía encerrada en su cuarto, con las persianas bajadas, con ese pensamiento negativo que la invadía de que su día iba a ser un auténtico desperdicio como el anterior y que así uno tras otro. Quizás había esperanza de que esta vez los chicos no la iban a insultar, o que tal vez hoy no era el día en el que se quedaba durante horas y horas encerrada en el baño por culpa de aquellos que le hacían insoportable la existencia.

Anne desde siempre había tenido complejos con su físico, pero pasaba por un momento de su vida, en el que debido a la separación de sus padres y a la muerte de su hermano, necesitaba comer más y más para evadirse de la realidad. No sabía el motivo exacto de por qué lo hacía, pero sí que se sentía mejor comiendo, por lo tanto, no le importaban las consecuencias. Cada día que asistía al instituto la insultaban por cada rincón por el que pasaba mientras ella agachaba la cabeza y se acercaba hacia clase, sola, como siempre lo había hecho, ya que Anne nunca había encajado en el mundo al que le pertenecía encajar.

Otro día más – pensaba Anne. Cuando iba entrando hacia clase y se sentó en su pupitre, vio una nota que decía “Te espero después de clase en el baño”. Ella actuó normal ante la nota, porque más de una vez le habían hecho la misma broma y al final siempre acababa encerrada en el baño o en cualquier sitio peor.

Al día siguiente, había otra nota en su mesa, pero esta vez decía: “No quiero hacerte daño, no soy como los demás chicos, te espero después de clase donde te dije ayer”.

Día tras día había diferentes notas en la mesa de Anne, hasta que un día decidió ir, no porque se hubiera creído todas aquellas notas que todas las mañanas recibía encima de su mesa, sino porque simplemente tenía curiosidad por saber quién era el que le escribía.

Cuando terminaron las clases, Anne se acercó al sitio acordado. Entró en el baño temerosa, y esperó. Esperó durante varios segundos cuando se dio cuenta de que no era un chico el que la esperaba, sino varios, y eran los mismos que la llevaban acosando desde principios de curso, pero, esta vez, tenían peores intenciones.

Empezaron a insultar a Anne reprochándole que por qué no había aceptado las notas desde el primer día, y continuaron golpeándola entre cinco chicos, mientras Anne lloraba y gritaba estremecida en el suelo mientras le sangraban la nariz, la boca y varias partes del cuerpo.

Pasó allí las siguientes ocho horas, hasta que se encontró con la fuerza suficiente como para irse a casa e intentar ocultar a su madre las heridas, los golpes y las ganas de llorar.

Día 30.

Esta vez Anne se negaba a levantarse de la cama; inventando una excusa para su madre, la chica se quedó durante todo el día en su habitación.

Y así pasaron los días, semanas e incluso meses. Anne iba muy poco al instituto y cuando iba era juzgada por todos ya que era culpada de haber comunicado al director que los chicos más populares del pueblo la habían acosado y golpeado.

Día 32.

Anne seguía en su cama, no tenía ni las fuerzas ni las ganas suficientes como para abrir la puerta y fingir delante de su madre. Estaba harta de fingir, cansada porque no tenía el valor ni el coraje suficiente como para contar todo lo que estaba pasando y lo que realmente sentía.

Su madre empezó a preocuparse por la situación, ya que apenas veía a Anne por casa y echaba de menos lo que antes era.

Día 40.

La casa estaba a oscuras. Un grito estremeció el silencio y la madre de la chica despertó asustada. Buscó por todas partes de donde venía ese lamento que rompió la tranquilidad de la noche. Llamaba a Anne por todas partes, hasta que se dio cuenta de que estaba en el baño, encerrada.

Golpeó la puerta durante quince minutos sin encontrar respuesta. Completamente desesperada chocó su cuerpo contra la puerta varias veces, hasta que la tumbó y allí estaba Anne, en el suelo, desangrada, con cortes por las muñecas, el rostro pálido, el pelo mojado dejando un charco de agua y sangre a los pies de su madre.

La madre rota de dolor y gritando, leyó la nota en la que Anne decía:
“Ahora soy yo quien os deja la nota. Me rindo. No encajo en vuestro mundo. No estoy hecha para tanta presión”.